

ELOGIO DE LA PIEDRA

“Todo Arte es un remoto recordar: cosas oscuras, inmemorables, cuyos fragmentos perduran escondidos en el alma del artista”

Paul Klee

Recuerdo cuando por primera vez visité el taller del escultor José Vicente Gajardo en Doñihue, al sur de la ciudad de Rancagua. Los cerros y la luz clara que animan el valle confieren a ese paisaje rural una extraordinaria belleza. Era primavera.

Un muro de piedra prolijamente labrado se yergue como un contrapunto contra el perfil ondulado de los cerros inmediatos, al tiempo que define el límite entre dos universos: el agrario y el geológico. Tras la pared surge un territorio donde, con la paciencia y el amor del labrador, se van revelando —a golpe de cincel— los secretos que esas enormes fracturas cordilleranas traen dentro de sí. Las diversas piedras expuestas revelan distintas fases de trabajo y aguardan, pacientes y vigilantes, su laboriosa transfiguración. Como un manantial cristalino y vital, la energía del espíritu corre allí entre las rocas, envolviéndolo todo y copando cada rincón de la parcela.

En el abrigo del taller —bella intuición arquitectónica del escultor— una serie de maquetas en greda exploran piezas de mayor tamaño. Pequeños y monumentales a la vez, estos modelos recuerdan figuras arcaicas, realizadas en tiempos remotos para celebrar el amor, la fertilidad y la vida... Junto a ellas, y copando el espacio, un conjunto de esculturas da cuenta del talante creador y el prodigioso oficio del autor.

Hombre, escultor, espacio, obra, todo está tejido por la misma fibra: nobleza y sencillez. Como un rompecabezas, las piezas calzan con la misma perfección de las obras que nos rodean. Armonía es la consigna... La tensión entre despojo y plenitud sobrecoge. Allí lo sublime trasciende el sentido corriente del concepto.

Desde su dignidad hierática, las piezas expuestas se yerguen como vigías de su propio territorio atentas al juego dialéctico entre la forma y el espacio. En las oquedades del granito horadado, o en la proximidad entre bloques de piedra, la búsqueda del espacio como un componente activo de la obra es una constante en la escultura de José Vicente Gajardo. Cavernas o muros, estas obras han surgido para dar abrigo al silencio, un silencio que no es mudez sino un canto a lo inefable.

En esta celebración del espacio, en este explorar límites y cobijo, Gajardo hace un guiño a la arquitectura, pero sin dejar de ser consecuente con lo suyo, la escultura. Una escultura que, despojada de toda utilidad, libre de todo apremio de servir, sólo está allí para interrogarnos.

Por otra parte, la abstracción en la escultura de Gajardo se relaciona con esa búsqueda de la esencialidad que ha inspirado de manera sostenida, desde los primeros años del siglo XX, a las vanguardias artísticas en todo el mundo. No obstante este anhelo universal, Gajardo guarda fidelidad a su propia tierra. Es en este arraigo austral donde las piedras andinas se transforman al golpe del acero en un arte que, como la poesía de Pablo Neruda o Gabriela Mistral, transfiguran nuestra particular circunstancia y geografía en un valor universal.

Tal como esta poesía nutrida por cordilleras germinales y paisajes desmesurados, la escultura de Gajardo evoca la majestuosidad de este territorio remoto. Y en esta evocación la obra se hace monumental. Ajena al tamaño intrínseco de las piezas, la monumentalidad está dada aquí, al igual que en la poesía nerudiana y en los versos de la Mistral, por una poderosa energía que emana de la obra. Se trata de fuerzas del espíritu que expanden los límites de la creación hacia una inmensidad que no es otra que esa misma vastedad cordillerana desde donde brota la materia del escultor.

Despojada de retórica y refugiada en su sinceridad esencial, la escultura de Gajardo se tensiona entre la gravedad de su masa pétreo, que nos afirma en el suelo al que pertenecemos, y la levedad de la materia transfigurada que nos eleva a un territorio espiritual y, de paso, nos revela la existencia de un tiempo propio, ajeno a la contingencia, emisario de un rumor pretérito y, a la vez, anuncio de voces nuevas.

Cae la tarde en Doñihue. La luz ha empezado a declinar, se hace más cálida, y las sombras son más extensas. Los magníficos trozos de granito se transforman. Las texturas ásperas, vestigio de la piedra original, se suavizan, y las aristas precisas, de factura notable, se hacen más delicadas.

Como todos los grandes artistas, José Vicente logró salvar la brecha entre el paisaje construido por Dios y el paisaje domesticado por el hombre. Sus piedras son un puente que anula la distancia entre estos dos mundos y, a través de la belleza, los reconcilia.

Cristián Undurraga S.